

El instinto que cierra con admirable encanto el sentimiento altruista, es la bondad, esa virgen majestuosa que hace caer á sus plantas avergonzado al egoísmo; que acoge bajo los pliegues de su manto, salpicado de estrellas, á todos los necesitados; que resume todo lo bueno y delicado; que ve en cada ser otro yo; que nos impulsa á la abnegación y al sacrificio.

Después del ligero é imperfecto bosquejo que he hecho de los sentimientos, réstame sólo expresar mis deseos y mi esperanza de ver predominar por doquier los sentimientos altruistas sobre los egoístas, sin destruir éstos por completo, pues eso equivaldría á aniquilar la vida, sino satisfaciéndolos en su justo límite.

A nosotras, queridas compañeras, á nosotras las educadoras del porvenir, nos toca contribuir con nuestro grano de arena, para alcanzar este hermoso fin.

Debemos, pues, procurar ante todo, nuestro propio perfeccionamiento moral. Nuestro corazón es un álbum apenas comenzado, sobre cuyas primeras inscripciones irradian el amor al bien y á la virtud, que nos han inspirado nuestros padres.

Ojalá que las últimas páginas de este álbum se llenen con el recuerdo de una vida consagrada á la felicidad de los demás, teniendo como lema, las grandiosas palabras de un notable filósofo: "El amor por principio y el orden por base: el progreso por fin."

México, 4 de Julio de 1903.

JOSEFA GONZALEZ DÍAZ.

---

## EL ANÁHUAC.

---

SEÑOR DIRECTOR GENERAL DE LA ENSEÑANZA NORMAL:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Emocionada vengo á esta tribuna, tan frecuentemente ocupada por la ilustración y el ingenio, y que ahora da breve hospitalidad á la insuficiencia mía.

Sírvame de excusa para este atrevimiento, el manifestar que más que por propia voluntad, vengo por cumplir un deber que no puede eludirse, y por corresponder á un honor que no debía declinar.

Mi disertación no tiende á otro objeto, que á dar una ligera idea acerca de "la fisonomía física, moral y social del Anáhuac," en los tiempos en que la espada audaz y afortunada de Cortés, aun no había cortado las potentes alas al águila gloriosa que Tenoch halló en medio del lago, y que más tarde llevó á la victoria las legiones conquistadoras de Itzcoatl, "varón tan excelente, que no hay lengua bastante para alabarlo," así

como Ahuizotl, el terror de sus enemigos y el más temible de la raza de Acamapichtli.

Comenzaré haciendo una referencia relativa á los principales datos geográficos de la comarca.

En un período que abraza desde fines del siglo VI, hasta mediados del XIV, solamente se designaba con el nombre de Anáhuac, una reducida porción de tierra rodeada de montañas, que hoy llamamos Valle de México, y que al principio tenía en el centro un lago, que el curso del tiempo y la labor humana fueron desecando y dividiendo en diversos lagos que se comunicaban entre sí, en su mayor parte, por medio de canales hábilmente trazados.

Este hermoso y fértil valle, daba asiento á muchas ciudades y aldeas populosas, entre las que descollaban en primer término, las capitales de los reinos de México, Acolhuacán y Tlacopan. México, Tenoxtitlán, fué fundada en el grupo de islas que se hallaba en el centro del entonces llamado lago mayor, en el año de 1325 de la Era cristiana, reinando Quinatzin en Acolhuacán y Tezozomoc en Atzcapotzalco. Estos dos reinos eran á la sazón los más extensos y poderosos de la comarca.

Hoy vemos, con legítimo orgullo, la opulenta ciudad que ha sucedido á la Tenoxtitlán de nuestros mayores, pero con honda tristeza los campos y cerros que la rodean, antes embellecidos por ahuehuetes, pinos, fresnos y otras mil suertes de árboles seculares, y ahora escuetos y melancólicos, gracias al hacha destructora del conquistador español, y luego, en los actuales días, á la insaciable necesidad de combustible de la industria moderna.

Todos los historiadores que escribieron á raíz de la conquista, hablan con vehemente admiración de esas

espesísimas é impenetrables selvas, que se dilataban en torno de la metrópoli azteca; de sus dos principales lagos, el mayor, de aguas tan límpidas y bellas, que en algunos puntos daban visos de finísima esmeralda; del de Texcoco, de aguas salobres, no porque fueran de distinta clase de las otras, sino porque así lo requería la calidad del terreno, donde se asentaban.

Hernán Cortés, en sus cartas á Carlos V, no era menos expresivo al referirse á las bellezas naturales de México, pues las describía con vehemente y bellísima palabra, haciendo notar, cómo las abundantes aguas de los lagos, no eran perjudiciales á la salud, porque "la humedad era corregida por la fuerza del sol, la frescura de los vientos y la absorción de los vegetales," siendo el clima tan benigno y grato, que nunca se dejaban sentir con extremada dureza, ni los fríos del invierno, ni los rigores del verano.

El agujijón de la necesidad, estimuló la industria de los méxicas, quienes, no contando en sus pequeñas islas con los elementos necesarios para la subsistencia, tuvieron que procurárselo ensanchando sus terrenos de sembradío, por el ingenioso medio de las chinampas. Estas eran, como bien se sabe, huertos flotantes, á veces transportables por el lago de un punto á otro, y á veces, unidas por uno de sus lados, á la tierra firme.

Para construir estas chinampas, para aumentar poco á poco el tamaño de su isla, y aun para edificar los templos y palacios con que fueron sustituyendo sus primitivas chozas de carrizo, los méxicas tenían que aprovechar las sombras de la noche, cruzar en canoas el lago, y recoger á toda prisa tierra y piedras, que no pocas veces les eran disputadas con las armas y les costaban ríos de sangre.

Más tarde, cuando establecieron sobre bases firmes su monarquía, construyeron largas calzadas, que por su solidez y belleza, pues estaban sombreadas por filas de árboles, llamaron la atención de los conquistadores.

No menos suntuosa que México, era la ciudad de Texcoco, residencia desde los tiempos de Quinatzin, de los reyes chichimecas, que antes había tenido asiento en Tenayocan (Oxtopolco). Durante el reinado de Netzahualcoyotl, Texcoco alcanzó tal grandeza, que se compararon sus templos, jardines y principales edificios, con los que realizó en el viejo mundo la munificencia oriental.

Sólo de una manera incidental, y por lo ligadas que estuvieron con la suerte del Anáhuac, hablaré de las ciudades de Cholula, Huexotzingo y Tlaxcala, capitales de los Estados del mismo nombre, pues no pertenecieron nunca á los dominios de los méxicas, á pesar de que éstos les vencieron repetidas veces, en unos combates que se llamaron de la "guerra sagrada," institución original que se debió al fanatismo de Moctezuma Ilhuicamina, y que consistía en emprender campañas sin más fin que hacer prisioneros, para sacrificarlos á los dioses.

El lugar propiamente llamado Anáhuac, estuvo primeramente poblado por descendientes de los ulmecas y xicalancas, por otomíes, ó acaso por razas autóctonas; pero degeneradas por causas desconocidas, no defendieron el territorio contra las inmigraciones que del Norte empezaron á venir en el siglo VI.

La tolteca, importantísima por su civilización, tuvo un fin lamentable; siguióla la chichimeca, que subsistió hasta la llegada de los españoles, y vinieron los chalcas, los xochimilcas, los tecpanecas, los acolhuas, los tlahuicas, los tlaxcaltecas y los aztecas, siendo estos

últimos quienes alcanzaron mayor renombre y poderío, porque dominaron en una vasta extensión de terreno, en época en que todo el continente estaba ocupado por pequeños reinos y señoríos.

La civilización maya, rica en manifestaciones que han causado el asombro de los americanistas; la tarasca ó michuaca, pintada por el erudito historiador moderno Eduardo Ruiz, con brillante pincel; la mixteca y zapoteca, de admirable teogonía, dignas son de atento estudio, así como las costumbres de las varias tribus más ó menos salvajes que trashumaban por el territorio que hoy es República Mexicana, ó formaban poblados más ó menos civilizados. Pero no puedo tanto, y me será necesario abrazar en conjunto, los rasgos más característicos de los pueblos principales, para dar una breve noticia de cómo eran los pueblos que conquistó Hernán Cortés.

Descríbese á los indios (como fueron llamados los habitantes de América), diciendo: que eran bien proporcionados, fuertes, ágiles, cobriza la color, y con los ojos negros y brillantes. Es curioso observar que todos los que en el siglo XVI escribieron retratando á los indios, dan como nota distintiva la de que presentaban un aspecto de desconfianza. . . . . ! No era para menos, después de lo que habían hecho Alvarado en Cozumel, Cortés en Cholula, el mismo Alvarado en Tenochtitlán durante la ausencia de Cortés, y Nuño de Guzmán en Tzintzunzan y en Xalisco. Por otra parte, la conducta de los encomenderos, que lo menos que hacían era sellar á sus esclavos con hierro candente, no era tampoco para que los conquistados ostentaran aspecto de confianza ni de felicidad.

Las mujeres delicadas, finas, creadas en el hogar y

para el hogar, tenían mucha dulzura en la expresión de la fisonomía y en el timbre de la voz; sus formas muy correctas, y los pies notablemente pequeños y bien con torneados. En algunas tribus, especialmente las que habitaban al Norte del territorio, estas ventajas físicas estaban contrabalanceadas por la costumbre que tenían hombres y mujeres, de pintarse cara y cuerpo con vivos colores, en que predominaban el rojo, el amarillo y el azul. Más común que esto, era todavía que se horadaban orejas, nariz y boca, para colgarse dijes, piedras preciosas, y á veces hasta despojos de los enemigos.

En cuanto á la deformidad que se notaba en los cráneos de los indios, la atribuyen algunos historiadores á que no habiendo en el continente bestias de carga, los hombres las suplían, poniéndose en las cabezas pesos excesivos que se las deformaban; otros, la atribuyen á manipulaciones especiales que se hacían á los recién nacidos, y yo estoy con estos últimos, pues sé que en algunas localidades del país aun subsiste esa costumbre.

En la vida pública del Anáhuac, se castigaban con penas atroces el robo, el adulterio, la embriaguez y la mentira, que se tenían como los peores delitos; y en la privada, el hogar era un modelo de orden, y sumisión al padre de la familia.

Cuando nacía un niño, se le bañaba y componía según las comodidades de sus padres, y tomándolo en brazos, le decían:

“*Sabe, hijo mío, que la casa donde has nacido, no te pertenece; es tan sólo una posada, pues tú naciste para la guerra y aquí sólo reclinarás tu hermosa cabeza mientras seas pequeño, pues tu hogar, es el campo de batalla, y tu obligación es dar de beber la sangre de tus enemigos al sol, y sus cuerpos á la tierra.*”

Si se trataba de una niña, se la decía:

“*Tú eres para el hogar; dentro de él vivirás como el corazón dentro del cuerpo, y desempeñarás los quehaceres domésticos.*”

Cuando el día del bautismo llegaba, tenían estos pueblos la costumbre de hacer la ceremonia siguiente: desnudaban al niño, y al mismo tiempo que le ponían el agua, lo levantaban hacia el cielo, colocándole de antemano el arco y la flecha, ó la escoba, según el sexo, y le decían: “*Esta agua te dará vida en el mundo.*”

Se daba por nombre á los niños el del primer objeto visible ó el del fenómeno meteorológico que más impresionaba en el momento de la ceremonia.

Cuando el niño tenía cierta edad, se le enviaba al colegio, que los había de dos especies: religiosos y civiles; pero antes, los padres eran los que tenían la misión delicada de educarlos; el padre al hijo y la madre á la hija; el uno al trabajo rudo y áspero del campo, ó para la guerra, y la otra al trabajo dulce y delicado de la casa; pero siempre proporcionados á sus fuerzas y edad.

Los castigos que empleaban cuando el niño era desobediente, eran el de punzarlos con púas de maguey, atarlos, dejándolos dormir á la intemperie, y otros muchos.

Una vez que terminaba la educación de los padres y que el hombre ó la mujer habían ya aprendido sus obligaciones como hijos, y que, además, se les había inculcado el temor á los dioses, amor y respeto á sus mayores, conmiseración hacia el pobre y desvalido, así como el horror al vicio y la mentira, venía luego la educación civil.

El matrimonio se verificaba así:

La mayor parte de las jóvenes, á la edad de trece

años, ingresaban á una comunidad, donde permanecían perpetuamente si así lo querían, ó una vez terminado el tiempo de su voto, si se encontraban con edad suficiente para el matrimonio, la familia y parientes hacían su ofrenda al dios, que se componía de aves, cereales, flores y frutas; daban las gracias por el esmero con que la joven había sido atendida, y acto continuo el Quetzalcoatl concedía la licencia y la joven era conducida á la casa paterna.

La edad mínima para que el matrimonio pudiera verificarse, era, en el hombre, de 20 á 22 años, y en la mujer, de 15 á 18. La ceremonia que se hacía, variaba, según las costumbres de cada pueblo, pero la más general era la siguiente:

Desde que en una casa había un joven hábil para contraer matrimonio, éste pedía licencia á sus padres, que inmediatamente le era concedida. Reuníanse los parientes, y en presencia de ellos, los adivinos determinaban si el consorcio sería ó no desgraciado; dos de las ancianas más honradas, tenían la comisión de ir á pedir la doncella á sus padres por medio de varias ceremonias, y era costumbre dar por respuesta una negativa; pero á los pocos días volvían las ancianas ó solicitadoras y rogaban con ardor y entusiasmo. El padre de la joven contestaba con una negativa absoluta si no le convenía, ó decía que hablaría con su hija y parientes, los cuales casi siempre accedían, y daban, por último, el deseado sí, pasando á participarlo á los padres del novio, por conducto de otras dos ancianas de las más respetables. Una vez arreglado todo para el día de la boda, se preparaba una gran convivialidad. Llegaban á medio día los convidados, á quienes se les ofrecía que comer y cañas para fumar, y algunas flores. Entretan-

to, se vestía y adornaba á la novia con plumas rojas, y sentándola en una estera los padres le daban consejos acerca de la manera de cumplir con sus nuevos deberes. Luego era conducida á casa del novio, en medio de una multitud, que la admiraba, y al compás de la música, que halagaba sus oídos.

La casa del novio era adornada con ramas y flores. Este salía á recibirla á la puerta, y se sahumaban con copal, el uno al otro, hasta llegar á la sala principal, donde se sentaban en una estera, ella á la izquierda de él, rodeados de los parientes y convidados. Comían, dándose alternativamente los cuatro primeros bocados. Los convidados se entregaban en el patio á danzar, y una vez terminado esto, que era la hora en que el sol empieza á declinar, los esposos eran conducidos cada uno á un templo, donde permanecían cuatro días en oración y ayuno, no saliendo sino á media noche, para ofrecer incienso á los dioses. Al cabo de este tiempo, un sacerdote los sacaba, les ponía agua á manera de un segundo bautismo, y adornando á la esposa con flores blancas en la cabeza, quedaba consumado todo, una vez que se unían el traje del uno con el del otro, como lazo eterno del matrimonio.

En algunos pueblos era permitida la poligamia, principalmente entre los reyes y señores, pudiendo tener por esto, varias esposas; pero, no obstante, una sola era la considerada como legítima.

Respecto á los ritos funerales, diré que había varias maneras de conservar los despojos de los muertos, tales como la inhumación, el embalsamamiento y la cremación.

La manera de tratar á los muertos, difería con la especie de muerte por la cual habían sucumbido y el lugar á donde se suponía que debía ir.

Los guerreros que morían en el campo de batalla, se creía que iban á la casa del sol, y se relata que al ejecutar los funerales de los que sucumbieron en la guerra de Chalco, se efectuó la ceremonia siguiente:

Se formaron tantos bultos de teas como guerreros habían muerto, y ataron con cuerdas bultos y cadáveres, los colocaron en forma de estatuas, haciéndoles nariz, boca y ojos, junto á los muros de un cuarto, destinado á este objeto en los templos, les prendieron fuego, y antes de que se enfriasen las cenizas, lavaron la cara á todos los parientes, y luego las recogieron, guardándolas en una caja, á la cual hacían varias ceremonias durante algún tiempo.

Si morían ahogados ó á consecuencia de algún rayo, se creía que iban al "Paraíso Terrenal;" á éstos no se les quemaba, sino que se les enterraba, poniéndoles semillas de bleo en las quijadas y el rostro, algunas veces pintura azul en la frente y una vara en la mano.

Cuando una persona moría por una causa que no fuera ninguna de las ya mencionadas, la colocaban sentada en el suelo, según su usanza, amortajada con mantas, é iban á saludarla sus deudos y parientes. Si era rey ó gran señor, se le ofrecían esclavos, que los sacrificaban, para que le sirvieran de compañía en la otra vida.

Las exequias duraban diez días, durante los cuales se lloraba y cantaba al muerto; se le enterraba haciendo un gran foso en la tierra, de forma ovoide, donde se le colocaba sentado en una silla, poniéndole á uno y otro lado arcos y flechas, ó la rueca y el huso, según el sexo; además, alimentos, pues decían que le servían para el camino.

No había lugar especial, destinado para enterrar á

los muertos, y lo hacían donde mejor les parecía, ó según las disposiciones del finado.

Para concluir mi labor, sin cansar demasiado vuestra atención, sólo deseo deciros algo acerca de la religión. Esta era, en lo general, politeísta, es decir, adoración de muchos dioses, y al mismo tiempo idólatra. Sus ídolos los representaban de la manera más espantosa que podían, con objeto de inspirar horror y miedo á los creyentes.

Esta religión no desapareció, hasta que el yugo de los españoles cayó sobre los indios, haciendo cambiar la faz del Anáhuac, y trayendo otra religión y costumbres. Y México se dejó dominar, durante tres siglos, y sufrió la opresión; pero poco á poco, y gracias á nuestros valientes guerreros, logramos sacudir ese yugo que nos oprimía, y pudimos gritar con entusiasmo: ¡Somos libres!; ¡Somos libres!..... frase sublime que condensa el poema heroico de la dignidad humana, frase que no pudieron nunca pronunciar los pueblos que en épocas remotas poblaron el Anáhuac; porque si era horrenda la tiranía de los conquistadores, más implacable era todavía la de los reyes y señores aborígenes que desconocían todo sentimiento de piedad.

Vino el día de luz, brilló la aurora de redención para México, el arco iris de la libertad se extendió sobre un cielo de sangre, y al cabo de tantas luchas, la patria de Itzcoatl pudo erguirse ante un presente de venturas y un porvenir de grandeza.

Presente y Porvenir, cuya inmensa labor está encomendada hoy más que nunca á la mujer mexicana, que ahora, como en los remotos tiempos del Anáhuac, es alma del hogar y educadora de la niñez.

México, 11 de Julio de 1903.

TRINIDAD VALENZUELA.